

Un momento de lo sublime

La travesía de **2010** fue a Puerto Sánchez, un pequeño poblado minero establecido a fines de los años cuarenta junto a la ribera norte del lago General Carrera, en la Región de Aysén, donde se explotaba zinc y cobre hasta la década del ochenta. El poblado presenta una estructura de calles esbozadas sobre una suave pendiente que se abre perpendicular al borde del lago, dándole una característica ventosa, recibiendo brisas frías y persistentes provenientes del sur.

Este territorio lo habíamos visitado 16 años antes durante otra travesía, en la que ejecutamos diversas obras significativas para el pueblo; entre ellas, una escultura de José Balcells, consistente en pasamanos de madera que sostenían mediante leves conexiones, unos enormes bloques de mármol tomados de los alrededores, cuyas formas irregulares se vinculaban con el espacio, sugiriendo la idea de movimiento.

Esta segunda vez realizamos la reconstrucción de dicha escultura. Un día cualquiera, la naturaleza prístina se hizo patente por medio de un silencio predominante y la ausencia de viento. Una pausa sutil y sorpresiva que a todos nos descolocó, renunciando a las actividades y herramientas para contemplar el entorno en absoluto sosiego, tratando de percibir lo que expresaba. De manera espontánea, cada uno de los grupos de trabajo se dirigió hasta el borde del lago bajo un hipnótico llamado, y fue en ese límite de la tierra donde se nos manifestó por primera vez el dios del lugar, a través de la quietud superficial del lago, capaz de atrapar en su nítido reflejo las islas flotantes de mármol y las orillas opuestas. El azul profundo del cielo, quebrado por los perfiles de blancas nubes, el arriba y el abajo en absoluta simetría a partir de la horizontalidad del agua, generaban una magnificación rasante del paisaje.

Este fugaz instante de cavilación colectiva —cuando el paisaje contuvo el aliento para entregarnos un presente de sublime esplendor— duró hasta que una suave brisa, rizando apenas el agua, diluyó lentamente todo vestigio de aquel inefable espejismo.

Me parece que el tiempo de las travesías se construye en esencia a partir de estos momentos de asombro, ocio y contemplación, que exigen de manera indefectible un cierto estado de abertura y sensibilidad con el territorio para reconocerlo y padecerlo bajo sus propias leyes y posibilidades —tal como nos dijo Ignacio Balcells: «Me vine a Aysén para poner mi cuerpo en vilo»—, dando pleno sentido a estas experiencias de viaje y permanencia a través de las obras colectivas.

Edison Segura Arias